

# HONORINA

---

Al señor Aquiles Deveria  
Afectuoso recuerdo  
del autor.

Si los franceses tienen tanta repugnancia por los viajes como los ingleses afición, acaso tengan tanta razón los unos como los otros. Es fácil encontrar en cualquier parte algo mejor que Inglaterra, mientras que es completamente difícil encontrar lejos de Francia los encantos que ésta encierra. Los otros países ofrecen admirables paisajes, y suelen presentar un *confort* superior al de Francia, que en este género hace lentos progresos. Desplegan una magnificencia, una grandeza, un lujo deslumbrador; no carecen de gracia ni de formas nobles; pero la vida intelectual, la actividad de las ideas, el talento de la conversación y ese aticismo tan común en París; pero ese súbito conocimiento de lo que se piensa y de lo que no se dice, ese genio para adivinar ó sobrentender frases no expresadas, ese algo que constituye el mayor encanto de la lengua francesa, no se encuentra en ninguna parte. Por eso los franceses, cuyo carácter bromista es tan poco conocido, se ponen pronto mustios en el extranjero, como un árbol trasplantado. La emigración es un contrasentido en la nación francesa. Muchos franceses, especialmente aquellos á quienes aquí nos referimos, confiesan que experimentan cierto placer al ver á los aduaneros del país natal, cosa que puede parecer la hipóbole más atrevida del patriotismo.

Este pequeño preámbulo tiene por objeto recordar á los franceses que han viajado el placer que habrán experimentado, cuando alguna vez han vuelto á encontrar toda la patria, convertida en un oasis en el salón de un diplomático, placer que no podrán comprender los que no han dejado nunca de pisar el asfalto del bulevar de los Italianos, para los cuales las orillas del lado izquierdo del muelle no son ya París. ¡Volver á París! ¡Sabéis lo que es esto, parisien-ses? No es encontrar la cocina del Rocher de Cancalle, como Borel la cuida para los golosos que saben apreciarla, porque esto no se halla más que en la calle Montorgueil; pero es encontrar un servicio que la recuerda. Es encontrar los vinos de Francia, que son un mito fuera de ella, que son raros como la mujer de que vamos á ocuparnos aquí. Es encontrar, no la broma á la moda, pues ésta, de París á la frontera se desvanece, sino esa mezcla espiritual, comprensiva en que viven los franceses desde el poeta hasta el obrero, desde la duquesa hasta el pilluelo.

En 1836, durante la permanencia de la corte de Cerdeña en Génova, dos parisien-ses más ó menos célebres, pudieron todavía creerse en París al encontrarse en un palacio habitado por el cónsul general de Francia, sobre la colina, último pliegue que forma el Apenino entre la puerta de Santo Tomás y la famosa linterna, que figuró siempre en todas las casas de campo de Génova. Este palacio es una de las famosas casas de campo en que los genoveses han gastado millones, en tiempo de su república aristocrática. Si la media noche es bella en alguna parte, seguramente lo es en Génova como en ninguna otra; sobre todo cuando ha llovido como llueve allí, á torrentes, durante todo el día; cuando la pureza del mar rivaliza con la pureza del cielo; cuando el silencio reina en el muelle y en los bosques de esta ciudad, en sus mármoles y en sus fuentes de cien bocas, por donde corre el agua con misterio; cuando brillan las estrellas, cuando las olas del Mediterráneo se enlazan unas á otras como las confesiones de una mujer cuyas palabras le vamos arrancando una á una. Reconozcámoslo: ese instante en que el aire embalsamado perfuma los pulmones y los ensueños, en que la voluptuosidad visible y movable como la atmósfera se apodera de vosotros, mientras os halláis en un sillón, con una cuchara en la mano, deshaciendo los helados más exquisitos, contemplando un pueblo dormido á vuestros pies, y

hermosas mujeres á vuestro lado; estas horas á lo Bocaccio no se encuentran más que en Italia y en las orillas del Mediterráneo. Suponed alrededor de la mesa al marqués de Negro, aquel hermano hospitalario de todos los talentos que viajan, y al marqués Dámaso Pareto, dos franceses disfrazados de genoveses; á un cónsul general, rodeado de una mujer hermosa como una virgen y de dos niños silenciosos, porque se hallan bajo la presión de Morfeo; al embajador de Francia y á su mujer, á un primer secretario de embajada, que se cree suspicaz y malicioso; á dos parisien-ses que van á recibir de la mujer del cónsul audiencia de despedida, en una comida espléndida y os representaréis un cuadro que ofrecía la explanada de la ciudad hacia mediados de mayo, cuadro dominado por una mujer célebre, sobre la cual se concentraban las miradas en algunos momentos, y por la heroína de esta fiesta improvisada. Uno de los dos franceses era el famoso paisajista León de Lora; el otro un célebre crítico, Claudio Viñón: ambos acompañaban á esa célebre mujer, la señorita de Touches, que era una de las lumbreras de su sexo y de la época, conocida en el mundo literario por el nombre de Camila Maupín. La señorita de Touches fué á Florencia por negocios. Había prodigado á León de Lora la encantadora complacencia de acompañarle á visitar Italia, y le había hecho ir á Roma para conocer la campiña. Habiendo ido por Simplón, volvía por la Corniche á Marsella. Quiso detenerse en Génova para complacer al paisajista. Naturalmente, el cónsul general había querido hacer los honores de Génova, antes de la llegada de la corte, á una persona tan apreciada por su nombre y posición, como por su talento. Camila Maupín, que conocía de Génova hasta la última capilla, dejó á su pintor entregado á los cuidados del diplomático y de los dos marqueses genoveses, y fué avara de sus momentos. Aunque el embajador fuese un escritor muy distinguido, la célebre escritora se negó á ciertos cumplimientos, temiendo lo que los ingleses llaman una exhibición; pero ella cambió de resolución desde el momento en que se trató de dedicar un día de despedida á la casa de campo del cónsul. León de Lora dijo á Camila que su presencia en la misma era el mejor testimonio de agradecimiento hacia el embajador y su mujer, los dos marqueses genoveses, el cónsul y su esposa. La señorita de Touches sacrificó, pues, uno de esos días de libertad, como

no suelen gozar en París las personas célebres, en las cuales el mundo tiene fijas las miradas. Descrita ya la reunión, es inútil decir que la etiqueta había sido desterrada de ella; varias señoras encopetadas sintieron curiosidad por conocer á Camila, para observar si la belleza física correspondía á la virilidad de su talento. Desde la comida hasta las nueve, hora en que fué servida la colación, la conversación se deslizó festiva ó grave alternativamente, amenizada por las festivas ocurrencias de León de Lora, que pasaba por uno de los hombres de trato más agradable. Tuvieron el buen gusto de no fatigarse mutuamente con discusiones científicas, aunque después de tocar mil cuestiones diferentes, concluyesen por ocuparse, ligeramente y en una forma bellísima, de artes y letras. Pero, antes de llegar á la conversación cuyo giro le hizo tomar la palabra al cónsul general, no creemos inútil decir algo acerca de su familia y de él.

Este diplomático, hombre de unos treinta y cuatro años, casado hacía ya seis, era el vivo retrato de lord Byron. La celebridad de la fisonomía del gran poeta inglés nos evita hacer un bosquejo de la del cónsul. Podemos, sin embargo, hacer observar que no había afectación ninguna en su aire soñador. Lord Byron era poeta, y el diplomático era poético; las mujeres saben reconocer perfectamente esa diferencia que explica, sin justificarlo, el atractivo que ellas le encuentran. Esta belleza, puesta de relieve por un carácter encantador y por las costumbres adquiridas en una vida solitaria y laboriosa, había fascinado á una heredera genovesa. ¡Una heredera genovesa! Esta frase acaso hará reír en Génova, á causa de la desheredación de las solteras: allí rara vez es rica una mujer; pero Honorina Pedrotti, hija única de un banquero sin herederos varones, era una excepción. A pesar de las ventajas que produce una pasión que se inspira, el cónsul general no parecía querer casar, cuando se hallaba al principio de sus relaciones amorosas. Sin embargo, después de dos años de permanencia allí, el matrimonio fué concertado. El cónsul se decidió al matrimonio, más que por la pasión que inspiraba á Honorina, por una de esas crisis de la vida que hacen inexplicables hasta las acciones más naturales. Estos embrollos de las causas, afectan frecuentemente á los sucesos más serios de la historia. Las gentes de Génova hacían mil conjeturas acerca del casamiento del cónsul, querían explicarse su melancolía con la palabra *pasión*.

pero también acerca de esta palabra, con referencia al cónsul, emitían opiniones muy divergentes, sobre todo las mujeres. Estas no se quejan jamás de ser elegidas para una preferencia, y se inmolan con gusto á la causa común. Honorina Pedrotti, que tal vez hubiese detestado al cónsul si hubiera sido desdeñada completamente, no amaba menos á su esposo al verle enamorado. Unas veces se consideraba olvidada, y preferida otras: las mujeres admiten siempre la preferencia en los asuntos de corazón. Todo lo creen salvado mientras se trate del sexo femenino. Un hombre no es diplomático impunemente: el esposo fué llamado como la tumba, y tan reservado, que los negociantes de Génova creían ver alguna premeditación en su conducta. Algunos decían que la heredera representaba en la comedia de la vida el papel de la enferma imaginaria en amor; otros no creían que aquello fuese una comedia. Sea lo que fuere, es lo cierto que la hija de Pedrotti hizo de su amor un consuelo, meciendo su espíritu en una cuna de ilusiones. El señor Pedrotti no pudo quejarse de la elección que había hecho su querida hija. Protectores poderosos velaban en París por la fortuna del joven diplomático. Según la promesa del embajador á Pedrotti, al cónsul le fué concedido el título de barón y la encomienda de la Legión de honor. Al señor Pedrotti le fué concedido por el rey de Cerdeña, el título de conde. La fortuna de la casa Pedrotti, valuada en dos millones, ganados con el comercio de trigos, les cupo en suerte á los desposados seis meses después de su unión, pues el último y primero de los condes Pedrotti, murió en enero de 1831. Honorina Pedrotti era una de esas hermosas genovesas, que son las más encantadoras de Italia, cuando son espléndidamente bellas. Miguel Angel tomó sus modelos en Génova: de allí vienen esa amplitud y esa curiosa disposición del pecho en las figuras del *Día* y la *Noche*, preciosas estatuas colocadas al borde de una tumba, dos veces inmortal. En Génova la belleza no existe hoy más que en el *mezzaro*, como en Venecia no se encuentra más que en los *fazzioli*. Este fenómeno se observa en todas las naciones arruinadas. El tipo noble no se encuentra más que en el pueblo, como después del incendio de una ciudad no se encuentran algunas monedas más que entre las cenizas. Pero aparte toda excepción como beneficio de la fortuna, Honorina era también una excepción como belleza patria. Recordad la estatua de la *Noche* de

Miguel Angel; disfrazadla con ropaje moderno, trenzando sus hermosos cabellos, alrededor de su bella cabeza; colocad una chispa de fuego en sus ojos soñadores, envolvéd su mórbido pecho en una *echarpe* elegante, imagináosla con un largo vestido blanco sembrado de flores, suponed que la estatua dotada de movimiento, se ha sentado con los brazos cruzados y tendréis el exacto retrato de la mujer del cónsul, estrechando á un niño de seis años, bello como el deseo de una madre y con una preciosa niña de cuatro años sobre las rodillas; tipo de esos cuidadosamente buscados por David, el escultor, para adornar tumbas infantiles. Este bello matrimonio fué objeto de la atención secreta de Camila. La señorita de Touches reconocía en el cónsul un aire demasiado distraído, para un hombre completamente feliz. Aunque durante todo el día, la mujer y el marido le aparentaron una felicidad completa, Camila se preguntaba, por qué uno de los hombres más distinguidos que había encontrado en su vida, y que había visto en los salones de París, permanecía de cónsul en Génova, poseyendo una fortuna de más de cien mil francos de renta.

— Ciertamente, decía ella, estos dos hermosos seres se amarán hasta la muerte. ¿Qué habrá de cierto en ello? Nada se puede asegurar. El cónsul poseía la calma absoluta de los ingleses, de los orientales y los diplomáticos consumados.

Por fin, hablaron de literatura nuevamente, y hablando de esta materia se manosea el mismo tema de siempre: ¡la culpa de Eva! Muy pronto tuvieron que luchar opiniones contrarias: preguntáronse con entusiasmo quién entre la primera mujer y el primer hombre, había tenido mayor culpa en la falta de la mujer. Las tres mujeres que se hallaban presentes: la embajadora, la mujer del cónsul y la señorita de Touches, estas mujeres reputadas como irreprochables, fueron despiadadas para juzgar á la mujer. Los hombres quisieron probarles, y se esforzaron en ello, que podía ser virtuosa una mujer después de su primera falta.

— ¿Cuánto tiempo vamos á jugar aquí al escondite? preguntó León de Lora.

— Vida mía, dijo el cónsul, anda á acostar á tus hijos y dí á Gina que me traiga la cartera negra que se halla en mi escritorio.

La mujer del cónsul se levantó sin hacer objeción alguna

lo que demostraba que amaba á su marido, pues conocía bastante á los franceses para comprender que en aquellos momentos su marido quería alejarla.

Al marchar Honorina, el cónsul habló en estos términos:

— Voy á referiros una historia en la cual he tenido un importante papel, y después podremos discutir, porque me parece pueril querer introducir el escalpelo en un muerto imaginario. Para disecar, hay que tener forzosamente un cadáver.

Los circunstantes se prepararon á oír con atención: todos habían hablado demasiado y los recursos de la conversación se iban agotando, razón por la cual ésta se hallaba próxima á languidecer. Momentos como éste deben elegir los narradores para obtener la atención que desean. Veamos lo que el cónsul refirió.

«Cuando yo contaba veintidós años y cuando acababa de recibir el grado de doctor en Derecho, mi viejo tío el abate Loraux, de setenta y dos años de edad entonces, tuvo la idea de buscarme un protector y de hacerme entrar en una carrera cualquiera. Este hombre, que era casi un santo, consideraba cada nuevo año como un bien, ó una gracia especial que Dios le concedía. No necesito decir cuán fácil le era al confesor de su Alteza Real, dar colocación á un joven educado por él, siendo además este joven el único hijo de su hermana. Uno de los últimos días del año 1824, este venerable anciano, que hacía cinco años que se hallaba de párroco en Blancs-Manteaux, en París, subió al cuarto que yo ocupaba en la casa rectoral y me dijo: — Esmérate, hijo, en tu atavío, pues quiero presentarte á la persona que te ha de tomar á sus órdenes, con el cargo de secretario. Creo no equivocarme si te digo que esa persona podrá reemplazarme si Dios me llama á su santa gloria. A las nueve diré la misa, te restan, pues, tres cuartos de hora para prepararte, sé breve.

»— ¡Ay! tío, exclamé, cuán doloroso me es dar un adiós á este cuarto, en el que tan feliz he sido por espacio de cuatro años.

»— No tengo fortuna que legarte, me respondió.

»— ¿No me deja usted la protección de su buen nombre, el recuerdo de sus nobles acciones, y...?

»— No hablemos de esa herencia, me contestó sonriendo. Si conocieras algo el mundo, sabrías que éste estima en po-

co el legado á que te has referido, mientras que colocándote al lado del conde...»

—Permitidme, dijo el cónsul, designar á mi protector por su nombre de bautismo solamente, y apellidarle el conde Octavio.

«—Al llevarte á casa del conde Octavio, creo darte una importante protección, que equivaldrá seguramente á la fortuna que yo te hubiera preparado, si la muerte de mi hermano y la de mi cuñado no me hubieran sorprendido como un rayo en un día sereno. Todo esto será si agrada ese digno hombre de Estado, como espero que suceda. Estarás allí, Mauricio, como un hijo en casa de sus padres. El señor conde te asigna dos mil cuatrocientos francos, una habitación en su palacio, una indemnización de mil doscientos francos para tus alimentos, pues para dejarte obrar con libertad no te obliga á sentarte á su mesa y tampoco quiere entregarte á los cuidados de los criados. No he aceptado ofrecimiento hasta enterarme de que el secretario del conde Octavio será considerado y respetado. Trabajarás mucho porque el conde es muy trabajador, pero al salir de su casa te hallarás en aptitud de desempeñar elevados cargos. No creo preciso recomendarte la discreción, primera cualidad necesaria á los hombres que se dedican á cargos públicos.

»¡Juzguen ustedes cuán grande sería mi curiosidad al oír todo esto!

»El conde Octavio ocupaba entonces uno de los más altos cargos en la magistratura, poseyendo además la confianza de la Delfina, que acababa de nombrarlo ministro de Estado: llevaba una vida parecida á la del conde de Sérizy que todos ustedes conocen; pero algo más obscura, pues vivía en Marais, calle Payenne, y no recibía casi nunca. Su vida privada quedaba oculta á la curiosidad pública por su modestia cenobítica y su constante laboriosidad. Déjenme pintarles en pocas palabras mi situación. Después de haber encontrado en mi colegio de San Luis un digno representante de mi tío, en el que éste había delegado sus poderes, concluí mis estudios á los diez y ocho años de edad. Salí de aquel colegio, tan puro como sale un seminarista de San Sulpicio. En su lecho de muerte, obtuvo mi madre la concesión, por parte de mi tío, de que yo no sería sacerdote, pero yo era tan piadoso como si hubiera estado preparado para recibir las órdenes sacerdotales. A mi salida del cole-

gio, el abate Loraux me tomó á su cargo para dirigirme en todo. Durante los cuatro años de estudios necesarios para tomar los grados, trabajé mucho y sobre todo en el árido terreno de la jurisprudencia. Apasionado por la literatura, deseaba saciar mi sed de ella. Desde que leí las mejores obras clásicas, me aficioné al teatro, y asistí á él todos los días durante algún tiempo, aunque mi tío no me daba más que cien francos al mes. No podía ser más espléndido, porque destinaba mucho á los pobres y porque quería contener en sus justos límites los deseos de un muchacho inexperto. Al entrar en casa del conde Octavio, yo no era inocente, y, sin embargo, consideraba crímenes mis escapatorias. Mi tío era tan angelical, que por el temor de disgustarle, jamás había yo dormido dos noches fuera de casa en los cuatro años que estuve á su lado. Él tenía la bondad de no acostarse hasta que yo me hubiese retirado. Esta tierna solicitud tenía para mí más fuerza que todos los severos sermones con que llenan la vida de los jóvenes las familias puritanas. Ajeno á las diferentes clases sociales de la sociedad parisiense, no conocía á las mujeres distinguidas ni á las del pueblo, más que por haberlas visto en los paseos ó teatros y á gran distancia siempre. Si en esa época me hubieran dicho: «Vas á ver á Camila, á Camila Maupin», hubiera sentido un fuego devorador en el corazón y en la cabeza. Las personas célebres eran en mi opinión dioses que no andaban, no comían, no dormían y no hablaban, como las demás criaturas. ¡Cuántos cuentos de las *Mil y una noches* crea la imaginación de un adolescente! ¡Cuántas lámparas maravillosas han de haberse manejado antes de saber que la verdadera lámpara maravillosa es el genio, la fortuna ó el trabajo! Para algunos hombres, estos sueños del espíritu duran muy poco; en mí duraron bastante. Largo tiempo me dormí, creyéndome gran duque de Toscana, millonario, amante de una princesa, ó célebre. De este modo, entrar en casa del señor conde Octavio y tener cien luises al año para mí solo, era entrar en una vida feliz é independiente. Entreví alguna probabilidad de penetrar en la sociedad y buscar en ella lo que más deseaba mi corazón, una protectora que me librara de la vida peligrosa y del abismo en que suelen caer en París los jóvenes de veintidós años, aunque sean juiciosos y pertenezcan á familias distinguidas. Empecé á temerme á mí mismo. El estudio constante de

mis deberes con referencia á la situación en que me había colocado, no era suficiente para calmar la exaltación de mi fantasía. A veces me abandonaba mentalmente á la vida de teatro, buscaba emociones, creía poder ser un gran actor, ambicionaba triunfos y amores sin fin, ignorando las decepciones que se ocultan tras el telón, como en todas partes, pues todo escenario tiene sus bastidores. Algunas veces sentía mi corazón abrasado ante el deseo de enlazarme con una bella mujer, empezando por seguirla hasta su casa, escribirle, escribiéndole, entregarme á ella completamente y venderla á fuerza de amor. Mi pobre tío, aquel tierno corazón abrasado en la caridad y en el amor divino, mi tío, aquel niño de setenta y dos años, inteligente como Dios y sencillo como un hombre de genio, adivinaba las tempestades de mi alma y no perdía ocasión de decirme: «¡Anda, Mauricio, tienes veinticinco francos, diviértete, tú no has de ser sacerdote.» Decía esto cuando veía que se iba á romper la tiranía de la cuerda á que me tenía sujeto. Si hubieran visto ustedes el fuego sagrado que iluminaba sus ojos, la dulce sonrisa que vagaba por sus labios, la adorable expresión de su augusta fisonomía, que parecía apostólica, hubiesen comprendido el sentimiento que me embargaba al verle y que me obligaba á arrojarle en sus brazos como en los de una tierna madre. «Tú no tendrás un amo, me dijo mi tío; en el conde Octavio tendrás un amigo, pero un amigo desconfiado, ó por lo menos hablar con más propiedad, un amigo prudente. La amistad de ese hombre de Estado y su confianza, tienen que alcanzarse con el tiempo, pues á pesar de su perspicacia profunda y su costumbre de juzgar á los hombres, ha sido engañado por tu antecesor, siendo el conde víctima de un abuso de confianza. Te he dicho bastante acerca de la conducta que debes seguir en su casa. Ahora, vamos allá.» Mientras mi tío se entregaba con el conde á gratas conversaciones, yo lanzaba una de esas miradas que quieren abarcarlo todo en una vez: contemplaba el patio muy bien empedrado y cubierto de hierba por algunos lados, los negros muros que ofrecían pequeños jardines dentro de las decoraciones de una bella arquitectura, y techumbres elevadas como las de las Tullerías. Las balaustradas de las galerías superiores estaban carcomidas. Tras un magnífico arco, vi un segundo patio lateral, y dentro una limpia cuadra, donde se hallaba un viejo criado limpiando un coche. La soberbia fachada

del patio me pareció triste como la de un palacio perteneciente al Estado, ó á la Corona, y entregado para algún servicio público. Un fuerte campanillazo resonó en la habitación del portero, al entrar mi tío y yo, y sobre la puerta de la portería se leían aún estas palabras: *Hablad al portero.* Al momento apareció un criado cuya librea recordaba á los Labranche del teatro francés, en el repertorio antiguo. Una visita era muy rara allí, por eso el criado, no esperándola, se había vestido precipitadamente su librea, que no había terminado de ponerse bien. Al abrir una puerta vidriera, de muchos vidrios distintos, observé que el humo de dos reverberos había dibujado estrellitas en las altas paredes. Un peristilo de una magnificencia digna de Versalles, dejaba ver una de esas escaleras como ya no se construirán en Francia y que ocupan el lugar de una escalera moderna. Al subir los peldaños de piedra, fríos como sepulcros, y por los cuales cabían ocho personas colocadas de frente, nuestros pasos resonaban como bajo bóvedas sonoras. Podíamos considerarnos en una catedral. La baranda y pasamano de la escalera distraían la mirada por los insípidos adornos de la caprichosa fantasía de un pintor de la época de Enrique III. Atravesamos antecámaras é inmensos salones amueblados con esas antigüedades preciosas que hubieran hecho la felicidad de un anticuario. Por fin, llegamos á un gran gabinete situado en un pabellón en forma de escuadra, cuyas ventanas tenían vistas á un hermoso jardín. Un criado anunció á mi tío y á mí. El conde Octavio, vestido con traje gris, se levantó del sillón que tenía colocado delante de su pupitre, se acercó á la chimenea, me indicó que me sentase y se dirigió á mi tío, estrechándole las manos con efusión.

»—Aunque estoy en la parroquia de San Pablo, le dijo á mi tío, he oído hablar del dignísimo prelado de Blancs-Manteaux, y tengo un vivo placer en conocerle personalmente.

»—Vuestra Excelencia es muy amable para mí; añadió mi tío. Os traigo mi único pariente. Al traerlo, os entrego un padrino sumiso y le doy en vos un nuevo padre á mi sobrino.

»—Es cierto; pero podré contestarle mejor, señor abad, cuando nos hayamos experimentado mutuamente su sobrino y yo.

»—¿Cómo se llama usted?—me preguntó.

»—Mauricio.

»—Es doctor en Derecho, añadió mi tío.

»—Bien, bien: yo espero, señor abad, que primero por su sobrino y luego por mí, me concederá usted el honor de comer en mi casa todos los lunes. Será nuestra velada de familia.

»Mi tío y el conde se pusieron á hablar de religión y política, y yo pude examinar á mi gusto al hombre que estaba destinado y del cual iba á depender. El conde era de mediana estatura y pocas carnes. Su figura era distinguida. Los rasgos de su fisonomía eran delicados. Su boca, un poco grande, expresaba la ironía y la bondad al mismo tiempo. Su frente, demasiado ancha, asustaba como la de un loco, tanto más, cuanto que contrastaba con el pequeño óvalo de su rostro, que terminaba en una barba muy diminuta. Sus ojos, de un azul turquesa como los del príncipe de Talleyrand, á quien tuve ocasión de ver más tarde, eran vivos é inteligentes, y en algunos momentos melancólicos haciendo un extraño el conjunto de su pálido rostro. Su color, un poco amarillento, denotaba irritabilidad y pasiones violentas. Sus cabellos, plateados y peinados con esmero, surcaban su cabeza por los colores alternados del blanco y del negro. La coquetería de este peinado perjudicaba al parecido que encontraba al conde con aquel monje extraordinario que Lewis ha puesto en escena con arreglo al *shedoni* del *Compendio de los penitentes negros* que, á mi juicio, me parece una creación superior á la del *Monje*. Como hombre que debía estar muy de mañana en el Palais, el conde estaba ya afeitado. Dos candelabros de cuatro brazos provistos de pantalla, colocados en los dos extremos de la mesa del despacho y cuyas bujías ardían aún, indicaban bastante claramente que el magistrado se levantaba antes que el día. Sus manos que observé cuando cogió el cordón de la campanilla para llamar á su ayuda de cámara, eran muy hermosas y blancas como las de una mujer...»

—Al contarles esta historia, dijo el cónsul general interrumpiéndose, desfiguro un poco la posición social y los títulos de este personaje, aunque presentándolo siempre en situación análoga á la suya. Estado, dignidad, lujo, fortuna, modo de vida, todos estos detalles son ciertos, pero en algunos casos tengo que hacer variantes por no faltar á mi buen hacer y á mis costumbres de severa discreción y reserva.

En lugar de considerarme lo que era, socialmente

blando, es decir, un insecto ante un águila, experimenté un dulce sentimiento indefinible que puedo explicarme hoy. Los artistas de genio...

Al decir esto, se inclinó graciosamente ante la célebre escritora, el embajador y los dos parisienses.

«... Los verdaderos hombres de Estado, los artistas, repito, los poetas, los hombres eminentes, y las personas realmente grandes, son sencillas; y su sencillez os inspira confianza y os acerca á ellas. Ustedes que son superiores por la inteligencia, tal vez hayan observado que el sentimiento aproxima las distancias morales que ha creado la sociedad. Si os somos inferiores por el talento, os igualamos por la ternura y la sensibilidad, por la abnegación en la amistad, ó por la cariñosa admiración que os tributamos. Según la temperatura de nuestros corazones (permitidme la palabra), yo me sentía tan cerca de mi protector, como lejos estaba de él por su posición social. El alma tiene una perspicacia especial por la cual presiente el dolor, la alegría, el odio ó simpatía en la persona que contempla. Conocí vagamente los síntomas de un misterio, al reconocer en el conde los mismos rasgos de fisonomía y de expresión nada común, que había observado en mi tío. La práctica de la virtud, la serenidad de conciencia y la pureza del pensamiento, habían trasfigurado á mi tío, convirtiéndole de feo, en hermoso. Percibí una gran metamorfosis en el rostro del conde; al primer golpe de vista calculé que tendría cincuenta años, pero después de un examen atento, adiviné una juventud sepultada bajo el hielo de una profunda pena, ó tal vez un poco marchita, por el estudio constante, ó por el fuego abrasador de una pasión contrariada. Hubo un momento en que algunas palabras de mi tío animaron el semblante del conde y lo presentaron con una frescura tan extraordinaria, que le hicieron aparecer en una edad que es la que creo debía tener, cuarenta años. Estas observaciones no las hice entonces, pero sí más tarde, al acordarme de las circunstancias de aquella visita. Un criado entró llevando en una bandeja un ligero almuerzo para el conde.

»—No he pedido mi almuerzo, dijo el conde; déjelo, sin embargo, y vaya á enseñar á este caballero su habitación.

»Seguí al criado, que me condujo á un hermoso aposento situado bajo una azotea, entre las habitaciones de etiqueta y las de confianza, al lado de una inmensa galería por la cual

se comunicaban las cocinas con la gran escalera del palacio. Cuando volví al gabinete del conde, oí antes de abrir la puerta, la voz de mi tío que decía estas palabras:

»—Podrá cometer alguna falta, porque todos estamos sujetos á errores; pero no tiene ningún vicio.

»—Y bien, dijo el conde. ¿Se encontrará usted cómodamente en el local que le he destinado? Esta casa tiene muchas habitaciones, y si no le gusta una, puede elegir otra.

»—Yo no tenía en casa de mi tío más que un reducidoísimo gabinete, contesté.

»—Podrá usted instalarse desde luego esta tarde, porque el equipo de un estudiante, pronto se transporta. Hoy comeremos juntos los tres, añadió mirando á mi tío afectuosamente.

»Después de ver su magnífica biblioteca, nos enseñó un reducido aposento cubierto de pinturas, que parecía haber servido de oratorio.

»—Vendrá usted á admirar estas pinturas y á meditar siempre que quiera, pues en mi casa no será nunca prisionero.

»Luego me explicó detalladamente el género de las ocupaciones que debía desempeñar: después de oírle distribuir mi tiempo, me pareció un gran preceptor político. Necesité un mes para familiarizarme con las costumbres del conde con los nuevos seres, con las nuevas cosas y con los deberes de mi posición. Un secretario necesita conocer al hombre á cuyas órdenes se halla. Los gustos, las aficiones, los deseos y el carácter de este hombre, fueron objeto de un minucioso estudio por parte mía. La estrecha unión del espíritu es más que un matrimonio, y más que un parentesco. Durante tres meses, el conde y yo nos espíamos mutuamente. Superior por fin, con gran asombro, que el conde no tenía más que treinta y siete años. La profunda calma de su existencia y la severidad de su conducta no procedían únicamente de un sentimiento profundo del deber y de una reflexión estoica: conociendo bien á aquel hombre extraordinario, se encontraba en sus actos, en su aparente dulzura, en su benevolencia y en su resignación, algo que lo mismo pudiera ser paz exterior ó aparente, que paz real y sentida. Del mismo modo que al andar por ciertos terrenos se suele saber, por el eco que producen nuestros pasos, si pisamos sobre piedra ó sobre un vacío cubierto de arena, del mismo modo se adivina también, al contacto de la vida íntima, los subterráneos de

un alma minada por el dolor. El dolor, y no el abatimiento, es lo que se había apoderado del alma verdaderamente grande del conde. A pesar de sus heridas secretas, caminaba hacia el porvenir con mirada serena, cual un mártir lleno de fe. Su tristeza constante, sus ocultas decepciones, sus calladas penas, no le habían conducido al escepticismo: este valeroso hombre de Estado era religioso, sin ostentación. Asistía á la primera misa que se decía para los jornaleros y los criados en Saint-Paul. Ninguno de sus amigos sabía que observaba tan fielmente las prácticas religiosas. Practicaba el bien guardando el sigilo que suelen guardar algunas personas cuando cometen culpas. Siendo muy desgraciado, no se burlaba de los sentimientos y de las creencias de los demás, á pesar de sus desengaños, no pareciéndose á esas personas cargadas de dolorosa experiencia que se complacen en amargar las ilusiones de los inexpertos. Nunca se le veía irónico, sarcástico ó desdefioso. No se burlaba ni de los que se dejaban mecer en la florida cuna de la esperanza, ni de los que se aislaban víctimas del desencanto de la vida, ni de los que persistían en las luchas sociales, enrojeciéndose la arena del palenque con su sangre: dudaba de los afectos, y sobre todo de las abnegaciones; pero no se lamentaba. Compadeecía al que sufría y le admiraba con silencioso entusiasmo. Era una especie de Manfredo católico, fundiendo las nieves al calor de un volcán, conversando con una estrella que sólo veía él. Yo reconocía muchos misterios, muchas nebulosidades en su vida. Huía de mis miradas, no como el viajero que al seguir una senda tiene que desaparecer oculto por los caprichos ó las hondonadas del terreno, sino como un cazador espiado que necesita ocultarse y que busca un sitio que le guardezca perfectamente. Yo no podía explicarme ciertas ausencias frecuentes cuando se hallaba muy ocupado, ausencias que no disimulaba, pues solía decirme: «Continuad trabajando, necesito salir.» Este hombre, tan profundamente embargado por los triples deberes del magistrado, del orador y del hombre de Estado, tenía tiempo para ocuparse de las flores, á las que amaba con frenesí. Tal afición me encantaba, porque revela un alma delicada y tiernísima. Su jardín estaba lleno de plantas raras y preciosas; pero lo que más me extrañaba era verle adornar su gabinete con flores marchitas. Nunca las ponía frescas. ¡Tal vez se complacía en esa imagen de su destino! El conde amaba

su patria y se entregaba á cuidar los intereses públicos con el ardor de un corazón que quiere matar algún sentimiento mortificador: el estudio, el trabajo á que se entregaba, no le era suficiente. Se defendía de sus pesares y salía vencedor en la batalla que sostenía su alma; pero sólo momentáneamente. Aquel hombre debía ser feliz por la apacible vida que hacía, y, sin embargo, no lo era. ¿Qué obstáculo se oponía á su dicha? ¿Amaba á alguna mujer? Estas y otras preguntas me hacía yo á mí mismo. Juzgad cuán extensos círculos de dolor recorría mi pensamiento antes de ocurrirme lo que dejo manifestado. A pesar de sus esfuerzos, no conseguía el conde ahogar los gemidos de su corazón. Bajo la actitud austera, y tras la gravedad del magistrado, se adivinaba una pasión tan dominada, que nadie más que yo podía sospecharla. Su divisa parecía ser: «Sufrir en silencio». Todos sus amigos le consideraban y respetaban mucho. Impacientemente se acercaba mucho á la humildad cristiana. Cuando me había conocido ante el mundo, y con la cabeza muy alta, no podía conocer nadie las heridas de su alma: en él no aparecía más que cuando se hallaba solo en el jardín y en su retrete. Entonces, creyendo no ser observado, solía dar rienda suelta á los pesares devorados bajo su toga, y vertía copiosamente llanto. Si hubiera sido observado, tal vez estas exaltaciones hubiesen perjudicado á su celebridad como hombre de Estado. Para mí el conde Octavio tenía el atractivo de un problema, y me inspiraba el mismo afecto que me hubiera inspirado mi padre. ¿Comprendéis lo que es la curiosidad comprimida por el respeto? ¿Qué desgracia había herido este sabio consagrado al estudio como Pitt desde la edad de diez y ocho años, colocado en la carrera que conduce al poder, y sin abrigar la menor ambición? Este juez, que sabía el derecho político, el derecho diplomático, el derecho civil y el derecho criminal, y que podría encontrar armas contra todas las inquietudes y errores de los demás, no sabía curarse á sí mismo. La vida de este profundo legislador, de este escritor doctrinario y de este hombre honrado, no indicaba nada que pudiera reprocharse. Y, sin embargo, un criminal no hubiera sido más castigado por Dios: el conde padecía gran insomnio, los sufrimientos le habían quitado el sueño completamente, y rara vez dormía. ¡Cuánta amargura debía haber en sus horas que en apariencia se deslizaban plácidas y serenas, y en las cuales le sorprendía yo con la pluma caída de la mano, la cabeza baja y los ojos como

las estrellas fijas! ¡Cuántas veces le sorprendí con los ojos llenos de lágrimas! ¡Apenas comprendo cómo podía correr el agua de aquel vivo manantial sobre el suelo ardiente, sin que el fuego subterráneo lo secase! Existía dentro de su ser, como en el mar y la tierra, una capa de granito. Por fin, ¡estallaba el volcán? A veces me miraba el conde con la curiosidad agaz y penetrante, aunque rápida, por medio de la cual un hombre examina á otro cuando busca un cómplice; pero alejadas sus miradas de las mías, porque encontraba éstas tan expresivas, que parecían decirle: «Hable usted, atrévase, le salgo al paso». En algunos momentos, su desesperación era salustiosa. Cuando notaba que podía haberme lastimado con su palabra, no me pedía mil perdones, porque su digna altivez no se lo permitía; pero dulcificaba notablemente su tono, y sus maneras tomaban un tinte suavísimo que se acercaba mucho á la humildad cristiana. Cuando me había conocido completamente á aquel hombre incomprendible para el mundo, y *original* para el mundo, palabra con la cual cree éste haberlo dicho todo, sin estudiar los estigmas del corazón, me abandonaba su faz de la casa. El conde abandonaba sus intereses importantes y hasta sus negocios importantes. Poseyendo sesenta mil francos de renta, sin contar lo que ciertos trabajos le producían, gastaba sesenta mil francos sin haber propagado á los criados. Al primer año tuve que pedirle amablemente su crédito para ayudarme á cubrir algunas deudas. Al segundo año empecé á hacer grandes economías, y además de éstas el conde se hallaba mejor servido; gozaba de un *confort* moderno; tenía preciosos caballos, sus comidas, en los días de recepción, eran servidas por Chevet á precios abultados, y los otros días por una gran cocinera y dos ayudantes; la despensa estaba bien provista; se habían tomado los criados más, cuyos servicios devolvieron al palacio su esplendor y poesía, pues el palacio, siendo tan suntuoso, tenía una majestad que la miseria deshonraba.

—Ahora no me asombro, dijo cuando supo los resultados que me daban sus intereses manejados por mí, de que muchas gentes hayan hecho una fortuna en mi casa. En siete años se hicieron tan ricos dos cocineros míos, que luego pudieron una gran fonda admirablemente montada.

—Señor magistrado, le dije al conde, ha perseguido usted al criminal ante los tribunales, y casi ha autorizado usted el robo en su casa.

» Al principio del año 1826, el conde había sin duda terminado de estudiarme y se hallaba tan ligado á mí como á su favorito con su soberano. No me decía nada de mí porvenir y se ocupaba de él con interés paternal. Me ordenaba algunos de los trabajos más arduos y me los corregía, haciéndome observar las distintas interpretaciones que de la ley hacíamos los dos. Cuando llegué á concluir un trabajo, fin del cual colocó su firma, experimenté una alegría que fué mi mayor recompensa: así lo comprendió él. Este pequeño incidente producía en su alma muy buen efecto. Un día de entusiasmo llegó á más alto grado y me besó en la frente diciéndome:

» — Mauricio, es usted para mí un amigo, y si mi situación cambia, tal vez será usted para mí un hijo.

» El conde me había presentado en las principales casas de París, á las que iba yo muchas veces en su lugar, con sus criados y en su coche, en las frecuentes ocasiones en que solía él tomar un cabriolé para ir... ¿dónde? Ese era el misterio. Por la acogida que me dispensaba, conocía yo la eficacia de sus reconvenções y los elogios que de mí hacía. Cariñoso cual un padre, atendía á mi necesidad con una generosidad extraordinaria. Hacia el fin del mes de enero de 1827, en casa de la condesa de Sérizy, tuve mala suerte en el juego y llegué á perder bastante, quedando á deber dos mil francos. Al día siguiente me preguntaba yo: «¿Debería ir á pedir dinero á mi tío ó confesarle al conde lo que me ocurre?» Tomé el último partido. Al día siguiente, á la hora del almuerzo, le referí, lleno de rubor, que habiéndome sucedido una adversa suerte en el juego, me había picado, y mi propio me había hecho perder dos mil francos.

» — ¿Me permite usted tomarlos á cuenta de mi sueldo anual? le pregunté.

» — No, me contestó con una sonrisa encantadora; para jugar se debe tener una bolsa muy llena, dedicada al juego. Tenga usted seis mil francos y desde hoy vamos á jugar iguales, me representaba usted casi siempre y no es justo que deje usted de hacerlo cuando la fortuna le niega sus favores ó cuando padece su amor propio.

» Callé y no le dí las gracias. Esto hubiera parecido demasiado entre los dos. Este detalle les indicará lo mucho que se habían estrechado nuestras relaciones. Sin embargo, nosotros teníamos todavía una confianza ilimitada; él no me ab

su alma y yo no me atrevía á preguntarle: ¿Qué le pasa? ¿Por qué sufre usted? ¿Qué hace usted en sus largas veladas? Muchas veces volvía de sus excursiones á pie ó en un cabriolé de plaza, mientras yo, su secretario, volvía en un magnífico carruaje. ¿Un hombre tan piadoso, sería tal vez presa de vicios ocultos ó hipócritamente reservados? ¿Empleaba todas las fuerzas de su inteligencia en ocultar hábilmente algunos celos amorosos? ¿Vivía secretamente con una mujer indigna de él? Una mañana le encontré en la calle hablando con una vieja; la conversación parecía animada, tanto que pasé al lado suyo y no me vió, lo que demuestra que la conversación le embargaba completamente. El aspecto de la vieja me despertó muchas sospechas y me acordé de que jamás sabía yo en qué empleaba sus grandes economías. ¿Qué atrevido es el pensamiento! En un instante me convertí en censor del conde Octavio. Yo le había entregado muchísimo dinero para colocarlo en el Banco ó sociedad que le produjera grandes réditos, y él, tan franco conmigo respecto á intereses, no me había dicho en qué había invertido aquellos fondos. En aquellos días, el conde se paseaba por el jardín yendo y viniendo con pasos desiguales, frotándose las manos hasta rasgarse la epidermis. Para él, era el paseo, hipógrifo sobre el cual colocaba su melancolía soñadora. Cuando yo le sorprendía encontrándole en alguna encrucijada del jardín, se inmutaba siempre, cual un hombre que tiene miedo de que descubran su secreto. Sus ojos, en lugar de tener la limpidez de la turquesa, tomaban el tono aterciopelado de la clemátide, produciendo instantáneamente un asombroso contraste entre la mirada del hombre feliz y la mirada del hombre desdichado. Varias veces me había cogido del brazo llevándome hacia sí, y luego me preguntaba: «¿Qué quería usted decirme?» Yo sentía que no vaciase su corazón en el mío, tan abierto para recibirlo. Otras veces, el desgraciado, cuando podía yo reemplazarle en sus negocios, pasaba largas horas contemplando los variados pececillos que hormigueaban en un estanque de mármol, rodeado de flores que formaban un hermoso anfiteatro. Aquel grande hombre, descendía al placer pueril de arrojar migas de pan á los peces. Verdad es que lo hacía maquinalmente, mientras su pensamiento vagaba por esferas muy ignotas para mí. Veamos cómo se descubrió el drama de aquella existencia agitada que parecía

ser uno de los círculos olvidados en el infierno del Dante.»

El cónsul general hizo una pausa.

«Cierta lunes, continuó, la casualidad dispuso que el presidente de Grandville y el señor de Sérizy, entonces vicepresidente del consejo de Estado, quisiesen reunirse en casa del conde Octavio, para formar entre los tres las bases de una sociedad de la cual debía yo ser secretario. El conde me había hecho ya nombrar auditor en el consejo de Estado. Todos los elementos necesarios para el examen de la cuestión política sometida á aquellos señores se encontraban en una mesa de nuestra biblioteca. Los señores de Grandville y de Sérizy se entregaban al conde para el análisis preparatorio de los documentos relativos al trabajo. A fin de evitar el traslado de ciertas cosas dirigidas á la casa del señor de Sérizy, presidente de la comisión, convinieron en que volverían á reunirse en la calle de Payenne. El gabinete de las Tullerías tenía una gran importancia en este trabajo, que pesaba principalmente sobre mí y por el cual debía yo, en lo que iba de año, entablar una demanda. Aunque los condes de Grandville y de Sérizy no comían fuera de casa, según las costumbres del conde Octavio, nos engolfamos en la discusión, olvidando las horas, y fuimos sorprendidos por un ayuda de cámara que me llamó para decirme: «Los señores sacerdotes de Saint-Paul y Blancs-Manteaux, hace dos horas que esperan en el salón.» Eran las nueve. El conde les dijo:

»—Mis queridos amigos, os veis obligados á comer con sacerdotes; no sé si Grandville dominará su repugnancia hacia la sotana.

»—Eso, según los sacerdotes.

»—¡Oh! uno es mi tío y el otro el abate Gaudrón, respondió; tranquilícense ustedes, porque dicho señor es tan simpático como mi tío.

»—Pues bien, comamos, repuso el presidente Grandville; un beato me espanta, pero me gusta un hombre piadoso.

»Nos dirigimos al salón. La comida fué encantadora. Los hombres verdaderamente instruidos, los políticos, á los cuales la costumbre les da un don especial para la palabra, son adorables narradores, si se proponen serlo. No hay término medio: ó son cargantes, ó sublimes. En esto el príncipe de Metternich se hallaba á la altura del célebre Carlos Nodier. Talladas en facetas, como el diamante, las

promas de los hombres de Estado son sencillas, delicadas, ingeniosas y agradables. Observando todas las conveniencias sociales al lado de aquellos hombres superiores, mi tío permitió á su espíritu alzar el vuelo y desenvolverse de una manera delicada, penetrante y fina, como suelen hacerlo todas las personas habituadas á pensar mucho y hablar poco. Comprended que no había nada vulgar ni desagradable en esta conversación, que producía en el alma lo que la música de Rossini. El abate Gaudrón era, como dijo Grandville, un san Pedro más que un san Pablo, es decir, un hombre sencillo cuya ignorancia hacia todo lo que se relacionaba con el mundo era graciosa en su manifestación revelada por medio de asombros y preguntas.

»Acabaron por hablar de una de las plagas inherentes á la sociedad: *del adulterio*. Mi tío hizo observar la contradicción que los legisladores del Código, impresionados todavía por las tempestades revolucionarias, habían establecido entre la ley civil y la ley eclesiástica, punto de que partían todos los males en su concepto.

»Para la Iglesia, el adulterio es un crimen, añadió, para nuestros tribunales, no es más que un delito. El adulterio era en carruaje á la ley correccional, en lugar de conducirlo al tribunal de los Asises. El consejo de Estado de Napoleón, penetrado de compasión hacia la mujer culpable, no obrado con impericia. No era bastante en esto, aunando la ley civil y religiosa, enviar á la culpable, como en otros tiempos, á un convento para el resto de sus días.

»—Hubieran sido necesarios muchos conventos, contestó el conde de Sérizy, y en estos tiempos se convierten los monasterios en cuarteles. ¿Qué hacer entonces, señor abad? Encerrarlas en un convento no es posible, según la sociedad.

»—¡Oh! dijo el conde de Grandville, no conoce usted la Francia. Han debido dejarle al marido el derecho de quedarse, y no habría al año diez quejas de adulterio.

»—Jesucristo ha perdonado el adulterio, dijo el conde Octavio. En ciertas épocas y países lo autorizaban las costumbres. En Oriente, cuna de la humanidad, la mujer no fué más que un *placer ó cosa*; no le pedían más méritos y virtudes que obediencia y hermosura. Elevando el alma por encima del cuerpo, la moderna familia europea, hija de Jesucristo, ha inventado el matrimonio indisoluble y ha hecho de él un sacramento.

»—¡Ah! la Iglesia reconoce bien todas las dificultades, exclamó el señor de Grandville.

»—Esta institución ha producido un mundo nuevo, dijo el conde Octavio sonriendo, pero las costumbres de este mundo no serán nunca bajo los climas en que la mujer núbil á los siete años y vieja á los veinticinco. La Iglesia católica ha olvidado las necesidades de la mitad del globo. Concretémonos á hablar de Europa. ¿La mujer es superior ó inferior á nosotros? Tal es la verdadera pregunta que debemos hacer. Si la mujer nos es inferior, al elevarla como ha elevado la Iglesia, la adúltera merece terrible castigo. Pero ¿han procedido así? El claustro ó la muerte: ved á toda la antigua legislación. El trono ha servido de lecho al adulterio, y los progresos de este crimen han debilitado los dogmas de la Iglesia católica. Hoy, mientras que la Iglesia no pide más que un arrepentimiento sincero á la mujer caída, la sociedad se contenta con una difamación que pronto se borra en lugar del suplicio. La ley condena todavía á los culpables; pero no los intimida. En fin, hay dos moralidades del mundo y la del código. Donde el código es débil, reconozco con nuestro querido abad, el mundo es audaz y burlón. Hay pocos jueces que no hubieran querido cometer el delito contra el cual despliegan el *suave furor* de sus consideraciones. El mundo, que desmiente la ley en sus usos en sus fiestas y en sus placeres, es más sincero, á veces, que el código y la Iglesia; el mundo castiga el escándalo después de haber alentado la hipocresía. Tal vez la ley francesa sería mejor, si proclamase la desheredación de las hijas.

»—Conocemos la cuestión á fondo, dijo riendo el conde de Grandville. Yo tengo una mujer con la cual no puedo vivir; Sérizy tiene una mujer que no quiere vivir con él. A ti, Octavio, te ha abandonado la tuya. Resumimos los tres los casos de conciencia conyugal; así es que podemos componer muy bien una comisión para tratar del divorcio.

»La cuchara del conde cayó sobre su vaso y lo rompió cayendo éste sobre el plato y rompiéndolo también. El conde se puso pálido como un muerto y dirigió á Grandville una mirada feroz, con lo cual le reconvenía por su indiscreción ante mí.

»—Perdón, amigo mío, no me había fijado en Mauricio, dijo el presidente Grandville. Sérizy y yo hemos sido tus cómplices, después de haberte servido de testigos: no me

había acordado de Mauricio; en cuanto á estos venerables sacerdotes, decirlo ante ellos no era cometer una irreverencia.

»El señor de Sérizy cambió la conversación, refiriendo cuanto había hecho para agradar á su mujer sin conseguirlo nunca. Este anciano terminó hablando de la imposibilidad de reglamentar las simpatías y las antipatías humanas, y sosteniendo que la ley social era más perfecta á medida que se acercaba más á la ley natural. La naturaleza no tiene cuidado alguno de la alianza de las almas; su fin único es la propagación de la especie. Entonces el código actual hubiera sido muy sabio dando una enorme latitud á la casualidad. La desheredación de las hembras, habiendo varones, hubiera sido una excelente modificación, ya para evitar la bastardía de las razas, ya para hacer uniones más felices, no teniendo que buscar más que las cualidades morales y la belleza. De este modo se suprimían uniones escandalosas, hijas del amor á la herencia de la mujer. Pero, añadió, no hay medio de reformar una legislación cuando un país tiene la pretensión de reunir ochocientos legisladores. Después de todo, si estoy sacrificado, tengo un hijo que me heredará.

»—Dejando aparte toda cuestión religiosa, repuso mi tío, voy á observar á Vuestra Excelencia, que á la naturaleza debemos la vida, pero la dicha á la sociedad. ¿Sois padre? preguntó mi tío.

»—Y yo, ¿tengo hijos? dijo el conde con voz tan dura, que impresionó á todos hasta el punto de cortar toda conversación acerca de la mujer y el matrimonio.

»Cuando hubieron tomado el café, los dos condes y los sacerdotes se alejaron, viendo que el pobre Octavio había caído en una dolorosa melancolía que le impedía atenderles ni aperebirse de la desaparición de éstos.

»Mi protector se había sentado en una mecedora cerca de la chimenea, en actitud lánguida y abatida.

»—Ya conoce usted el secreto de mi vida, me dijo al aperebirse de que estábamos solos. Después de tres años de matrimonio, una tarde me entregaron la carta en que la ondesa se despedía de mí para siempre. Esta carta era, sin embargo, digna, pues hay mujeres que conservan cierto decoro aun cometiendo esa falta horrible... Hoy mi mujer se iba por haberse embarcado en un navío que naufragó sin

que se salvara nadie. Vivo solo hace más de siete años. Basta por hoy, Mauricio; me faltan las fuerzas: ya habíamos de mi situación cuando me haya acostumbrado á haber de ella. Cuando se sufre una enfermedad crónica hay que buscar el alivio posible, y este alivio suele ser cualquier cosa que no se parezca á la enfermedad.

»Fuí á acostarme turbado, pues el misterio, lejos de aclararse, me parecía obscuro. Adiviné un drama extraño, considerando que no podía haber nada vulgar entre una mujer elegida por el conde y un carácter como el suyo. Deberían ser singularísimos los motivos que podían haber obligado á la condesa á separarse de un hombre tan noble, tan elevado, tan sensible y tan digno de ser amado. La frase del señor Grandville había sido una antorcha arrojada en los senderos oscuros por los que caminaba y hacía mucho tiempo, aunque esta llama los alumbró débilmente, mi vista no podía medir la extensión de ellos. Me explicaba los pesares del conde sin comprender la profundidad y la amargura de ellos. El tinte amarillento de sus mejillas demandaba una explicación: sus gigantescos estudios, sus sueños, sus perturbaciones, los menores detalles de la vida de aquel hombre casado, tomaran un relieve luminoso ante mí, en las horas de meditación, que son el crepúsculo del pensamiento y á las cuales se entrega todo hombre de corazón. ¡Cuánto quería yo á mi protector! Me parecía un hombre sublime. Leía un poema de melancolía en su corazón, aquel corazón que estaba en constante actividad y yo le parecía un supuesto inerte. Un dolor supremo conduce á la inmortalidad. Aquel magistrado que disponía de tanto poder ¿se le había vengado de su esposa? ¿Reposaba tal vez en una larga inercia? ¿Qué hacía el conde después de esa desgracia? ¿La separación de dos esposos es la gran desgracia de nuestra época, en la cual la vida íntima ha llegado á ser lo que era antes, una cuestión social. Pasaron algunos días en silencio, pues los grandes pesares tienen su pudor; pero al fin, una tarde el conde me dijo, grave y conmovido:

»—Quédese usted á mi lado y le contaré mi historia. Escuchad su relato:

«—Mi padre tenía consigo una pupila rica, bella y diez y seis años, en el momento en que salí del colegio para entrar en este palacio antiguo. Educada por mi madre, Honorina empezaba á despertar moralmente. Llena de

ideas y de puerilidades, soñaba en la dicha como en un adorno, y tal vez la felicidad era para ella el adorno del alma. Su piedad tenía rasgos infantiles, pues todo, hasta la religión, era una *oda* para aquel corazón ingenuo. Vislumbraba en su porvenir una fiesta perpetua. Inocente y pura, nada turbaba su sueño angelical. La tristeza ó el pesar jamás habían alterado su alegría, ni humedecido sus ojos. Ella buscaba el secreto de sus emociones involuntarias y creía encontrarlo en la atmósfera impregnada con los perfumes de un día primaveral. Era dócil, se sentía inclinada al matrimonio, y lo esperaba sin desearlo. Su risueña imaginación ignoraba la corrupción que la literatura inocula por medio de la pintura de pasiones ardientes; no sabía nada del mundo, ni conocía los peligros de la sociedad. La tierna niña no había sufrido, y por eso no había ejercitado su valor. Su candor le hacía caminar sin temor entre las serpientes, como la ideal figura de que se valió un pintor para representar la inocencia. No había frente más serena ni más pura que la suya. Nadie hacía interrogaciones tan llenas de naturalidad como ella. Vivíamos como dos hermanos. Al transcurrir un año, le dije ante el estanque de este jardín, arrojando los dos miguitas de pan á los peces:

»—¿Quieres que nos casemos? Conmigo harás tu voluntad, y cualquier otro hombre te haría desgraciada.

»—Mamá, dijo á mi madre que se dirigía hacia nosotros, hemos convenido Octavio y yo en casarnos.

»—¿A los diez y siete años? preguntó mi madre. No, esperaréis diez y ocho meses; si en ese período os conocéis bien, podéis hacer buen matrimonio, matrimonio de afectos y de intereses, porque sois iguales en nacimiento y en fortuna.

»Cuando tuve veintiséis años y Honorina diez y nueve, nos casamos. El respeto hacia mi padre y mi madre, señores de la antigua corte, nos impidió decorar este palacio según la moda y seguimos viviendo como en el pasado, convertidos en dos niños juguetones y caprichosos. A pesar de todo esto, me lancé al mundo, inicié á mi mujer en la vida social y consideré un deber instruirla. Conocí más tarde que los matrimonios, concertados en las condiciones del nuestro, encierran un escollo contra el cual se estrellan muchos afectos y muchas existencias. El marido se convierte en pedagogo, en maestro, y el amor perece bajo la férula que hierde más ó menos tarde, pues una esposa hermosa,

discreta y soñadora no admite superioridades por cima de las que ella cree poseer. ¡Tal vez tendría ella razón! Tal vez, al contrario, cometí la imprudencia de tener demasiada fe en su ingenua naturaleza y la descuidé un poco en ciertas ocasiones. ¡Ay! ¡no se sabe jamás, ni en política, ni en el hogar, si los imperios caen por demasiada confianza o demasiada severidad! ¡Tal vez el marido de Honorina no supo llenar sus sueños de adolescente! ¿Se puede saber acaso á qué precepto se ha faltado en los días de felicidad?

»Yo no recuerdo el cúmulo de reproches que se dirigió al conde, con la buena fe del anatomista que busca las causas de una enfermedad, que no conocen sus compañeros, pero su elemento indulgencia me pareció entonces verdaderamente digna de la de Jesucristo, cuando salvó á la mujer adúltera.

»—Diez y ocho meses después de la muerte de mi padre que precedió á mi madre algunos meses en la tumba, después de haciendo una pausa, llegó la terrible noche en que fui sorprendido por la carta de Honorina. ¿Por qué mágicas ilusiones había sido seducida mi mujer? ¿Cuál de estas fuerzas habría sorprendido ó arrastrado? No quise hacer indagaciones. El golpe fué tan cruel, que durante un mes se me paralizó la inteligencia. Más tarde, la reflexión me ha hecho permanecer en mi ignorancia, y las desgracias de Honorina me han enseñado muchas cosas. Hasta este momento, observo usted, Mauricio, que todo es vulgar; pero bien pronto dejé de serlo al pronunciar dos palabras: *adoro, amo á mi mujer*. Desde el día del abandono, vivo de recuerdos, me complazco en hacer todo lo que le gustaba á Honorina. ¡Ah! me dijo al ver el asombro pintado en mi semblante, no me consideréis un héroe ó un tonto, para no haber buscado distracciones á mi mal. ¡Ay, hijo mío! ¡he sido muy niño ó muy apasionado; no he sabido encontrar otra mujer en el mundo entero!... Después de luchas horribles conmigo mismo, intentado aturdirme, he caminado con el dinero en la mano hasta el terreno de la infidelidad; pero al llegar allí, se me bajaba ante mi vista una blanca estatua que me cortaba el paso: el recuerdo de Honorina. Al acordarme de la finura de su tez, á través de la cual se veía correr la sangre y palpitar los nervios; al acordarme de su preciosa cólera, sencillez é ingenua la vispera de mi desgracia, como el día en que dije: «¿Quieres que nos casemos?», al recordar el perfume

celestial que la rodeaba, la luz de sus miradas y la gracia de sus movimientos, hufa como un hombre que va á violar la tumba y que ve salir el alma del muerto transfigurada. En el Consejo, en el Tribunal, en mis negocios, tengo tan fijo el recuerdo de Honorina, que muchas veces no hablo porque temo nombrarla. Ved el secreto de mi afán por el trabajo. No he sentido hacia ella deseo de venganza, del mismo modo que no la siente un padre al ver que su hija predilecta se ha dirigido por malas sendas á causa de impremeditación. Comprendo que habría hecho de mi mujer la poesía de la vida, y yo gozaba de esa poesía con tanta más embriaguez, cuanto que la creía compartida. ¡Ah! ¡Mauricio! Un amor sin discernimiento, es en un marido la falta que puede originar las de su mujer. Tal vez dejé sin cultivar las facultades infantiles de mi esposa, ó tal vez la agobié de amor antes de que la hora del amor sonase para ella. Demasiado joven para comprender la constancia en la mujer, ella tomó la primera prueba del matrimonio por la vida entera, y tal vez maldijo en silencio su destino, sin atreverse á lanzar ninguna queja, por pudor de su alma. En una situación así, tal vez se habrá encontrado sin defensa ante un hombre que la ha debido arrastrar violentamente. Y yo tal vez, magistrado, según el mundo, dotado de buen corazón, pero de un entendimiento preocupado, adiviné muy tarde las leyes del código femenino, desconocidas para mí, pero que después he leído á la luz del incendio que devoraba mi techo. He hecho de mi corazón un tribunal, en virtud de la ley, ya que esta erige en juez al marido, y de ese tribunal ha salido ella absuelta y yo culpable. Pero el amor ha tomado en mí la vasalladora forma de la pasión, de esa pasión cobarde y absoluta, que suele apoderarse de algunos ancianos. Ahora amo á Honorina ausente, con la fuerza de un amor contrariado; la amo con la vehemencia del que anhela poseer una mujer hermosa. Me siento animado de la audacia del viejo y la fuerza del joven, y al mismo tiempo de la timidez del adolescente. No sé lo que pasa en mí. Amigo mío, la sociedad no tiene más que burlas para mi horrorosa situación conyugal. Mientras tiene compasión para el amante, vé en un marido no sé qué impotencia, y se ríe de él por no haber sabido conservar la mujer que adquirió por medio del yugo conyugal. Así es que he tenido que callar. Sérizy es feliz. Debe su indulgencia el placer de ver á su mujer, la protege, la